

CASTELAO  
«*SEMPRE EN GALIZA*»  
Ideas lingüísticas y literarias

PEDRO SOLANO GARRE  
MIGUEL VILLORA SÁNCHEZ  
5º de Filología Hispánica, Universidad de Murcia

El presente trabajo pretende espigar, de entre el vasto campo de erudición y conocimiento de Castelao, la noción del hecho lingüístico y literario en *Sempre en Galiza*. Farragosa tarea si advertimos el escaso ensamblaje que el autor ofrece a quien la quiera emprender, pues unas veces emplea citas de citas, otras veces retoma las mismas cuestiones con párrafos levemente diferentes a los escritos en otros capítulos, etcétera. Glosar y remendar las palabras de Castelao, de manera que ofrezcan este aspecto de monografía, puede que haya sido hilar muy fino; y en la acometida, casi quirúrgica, seguro habrá numerosos descosidos.

#### CASTELAO Y LOS ORÍGENES

El problema de los orígenes apasionó, sin duda, a Castelao. En este epígrafe se recrea la apropiación de ideas que le permitía su dilatada cultura, junto a algunas incursiones de su propio discurrir al respecto.

La lírica —lengua, en definitiva— gallega es reconocida por los más ilustres romanistas como la más antigua de España; originalidad sólo amenazada por la existencia de una anti-quísima lírica romance andaluza, de la que Rodrigues Lapa dio buena cuenta demostrando la influencia de Galicia en la Andalucía de los tiempos islámicos, bien por la frecuencia de metros y ritmos ajenos a la lírica árabe, bien por la concurrencia en el mercado de Córdoba de esclavos cristianos gallegos, preferidos por lo refinado de su cantar. Originalidad, finalmente, irrefutable si atendemos a Menéndez y Pelayo: «.....de los celtas galaicos sabemos, por testimonio de Silio Itálico, que ululaban cantos bárbaros en su patria lengua, y consta asimismo por varios cánones de Concilios..... que conservaron, después de convertidos al Cristianismo, supersticiones más o menos poéticas y canciones profanas». Estos cantos bárbaros des-

critos por Silio Itálico incitaron a Manuel Murguía a considerar que así fue «*el antiguo baile nacional de los gallegos, del que es hija legítima nuestra alegre y varonil muñeira*». El ritmo gallego, efectivamente, surge de los fondos primitivos de la raza, y los castellanos fueron tributarios del feliz alumbramiento.

Menéndez y Pelayo, rastreando en el amanecer de la lírica gallega, halló un rastro de melancolía vaga, misteriosa y soñadora, síntoma de entidad étnica. En este sentido, Castelao encontraba en el ruralismo de Galicia el elemento generador de una cultura humilde y noble, europea, humana. El ideal que reflejan los cancioneros es el de un pueblo de pequeños agricultores que se entretenía con trovas a la vuelta de las romerías y que acompañaba el trabajo labriego con las cantigas. La poesía gallega no nació en una cuna de oro, sino en la hierba florida, arropada por la quejumbre de los árboles y el murmullo de las fuentes. La vida rural que se evoca en los versos gallegos está plena de civilización, de cultura definitiva, con un carácter democrático innegable, donde, a la vera de temas vulgares, emergen fórmulas de estética pura que interrogan a la tierra y al océano. Esta parrafada bien puede resumirse en una palabra: Saudade.

La Saudade se revela en las cantigas de Bernaldo de Bonaval, de Airas Nunes, de Eanes do Cotón, de Pero Meogo, de Charino,... La Saudade es un estigma de raza, un molde que dio forma al lirismo gallego, nacido de la mezcla de la sangre aria con la semita. Su significado sólo es cognoscible por los gallegos y se materializa en dos elementos: el deseo y el dolor, o, lo que es lo mismo, la esperanza y el recuerdo. La visión del paisaje crepuscular es su mejor estímulo, el instante apto para que el gallego desee su unión con la tierra que le vio nacer. Castelao jalonó su propia conciencia de la Saudade con las experiencias escritas de Cabanillas, Plácido R. Castro, Teixeira de Pascoaes, Nóvoa Santos, el pintor Nuno Gonzalves, Antonio Sardinha, la poetisa rumana Adrio Val, etc.

El lirismo, como característica diferencial de Galicia, pronto despertó, por confusión, el recelo portugués, ya que la frontera de la poesía popular no se detenía en el Miño. Deberíamos suponer que hubo dos Galicias: la que terminó avasallada por Castilla y la que engendró a Portugal. Si esto es así, también deberíamos suponer que en ambas se conservó el mismo mecanismo sonoro, el mismo aspecto tonal y rítmico, la misma lengua y cultura. De esta guisa, todo lo que ha venido llamándose galaico-portugués debería ser llamado, simplemente, gallego. Ahondando en la cuestión, el Padre Sarmiento y el Padre Feijóo reforzaron el discurso en favor de la primacía de la lírica gallega sobre los portugueses. Los benedictinos demostraron que el portugués no es más que una rama deslindada débilmente del árbol gallego por el devenir histórico. Cuando hablamos de gallego y portugués, hablamos de una misma cosa, pues la primitiva forma de habla comenzó a gestarse en tiempos de los suevos, cuando ambos pueblos formaban una sola nacionalidad. Una época de clara hegemonía gallega, puesto que allí se ubicaba la corte de los reyes suevos y se negociaban los asuntos del reino.

Concentrado en la polémica alrededor del gallego y el portugués, el Padre Sarmiento transcribe de Núñez de León lo siguiente: «*As quaes ambas erão antigamente quasi hũa mesmas palavras et nos diphtongos et proninciação, que as outras partes da Hespanha não tem*». El propio lingüista del Renacimiento portugués admitió que el rey Don Dinis fue uno de los primeros en cultivar el verso en portugués, y que en tal ejercicio imitaba a su abuelo Alfonso X, educado en Galicia, como su padre y su abuelo, Fernando III el Santo y Alfonso IX. De todo lo anterior, se concluye, pues, que el gallego debió comunicarse de Galicia a Portugal, y no a la inversa.

Zanjadas las discusiones de orgullo, parece claro que por los caminos abiertos desde Compostela floreció el arte medieval y, especialmente, la poesía lírica de los cancioneros (el de la *Vaticana*, el de *Colocci-Brancuti* y el de *Ajuda*), que reclamó la atención del gusto aristocrático de las Cortes y se propaló a las escuelas de París, Oxford y Padua, mientras que incesantes oleadas de peregrinos llevaban a Santiago los gérmenes de la ciencia escolástica y la simiente de la nueva poesía. Una eclosión que contrastaba con la situación de las letras castellanas, aún en la lactancia en los siglos XIII y XIV. Para convencimiento de todos, buenas son las palabras del Marqués de Santillana: «..... *no há mucho tiempo cualesquier decidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces o de la Estremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa*». Y justa y apropiada es, también, esta frase del padre Fita, jesuita e historiador español: «*Galicia, madre fecunda de la cultura española en la Alta Edad Media*».

Cuando las letras castellanas vieron alborear su genio creador se produjo una oposición de carácter significativo: la lírica gallega frente a la épica castellana. El dualismo literario vino a presuponer un dualismo de caracteres étnicos. Muy acertadamente, Castelao respalda el silogismo con palabras de Menéndez y Pelayo: «*Creemos firmemente que la epopeya castellana nació al calor de la antigua rivalidad entre León y Castilla, rivalidad que ocultaba otra más profunda: la del elemento gallego y castellano*». Este presentimiento se pone de manifiesto en la *Leyenda de los Infantes de Lara*, narrada en la *Primera Crónica General* de Alfonso X. Menéndez Pidal estableció la procedencia gallega de Ruy Velasques, enemigo del padre de los Infantes, y argumentó que la poesía épica castellana había nacido de las acciones épicas de los gallegos, en una época en la que Galicia contaba con abundante poesía lírica, confeccionada en siglos de paz anterior.

## EL SILENCIO

En el siglo XV se dilapida el ciclo de rica y copiosa producción lírica en gallego, iniciada en el siglo XII. Comienza el silencio. Galicia fue avasallada por la violencia asimilista impuesta desde el trono de Isabel y Fernando. Los documentos públicos dejaron de redactarse en gallego. La nobleza gallega fue trasplantada a la corte castellana, dejando al pueblo sin liderazgo. La Iglesia se sometió al padronazgo castellano: los clérigos y frailes ni siquiera permitieron que se rezase en gallego. Los obispos y canónigos —afectos a los monarcas—, los monasterios y conventos, todos, quedaron sujetos a la obediencia de Valladolid. Durante tres siglos no se produjo en Galicia, como en Cataluña, ninguna obra literaria. Galicia quedó muda, mas con la imposición del castellano no se logró sustituir una cultura por otra. Y si Galicia enmudeció, bien parece que Castilla quedaba sin juicio, pues desmedida es la cita de *El laurel de Apolo* de Lope de Vega: «*Galicia, nunca fértil en poetas, pero sí en capitanes*», así como algunos anónimos de cierta popularidad que circularon en los siglos XVII y XVIII, cuando la prepotencia castellana no sólo ultrajaba a Galicia en su silencio forzado, sino que ya ridiculizaba los accidentes geográficos y los rasgos de civilización gallegos:

*«La tierra estéril, entre matorrales,  
sólo produce espinas y zarzales,  
y no hallando de fruto algún indicio  
Ceres aquí suspende su ejercicio»*

*«Porque se avergüenza el Santo  
de mostrar que está en Galicia»*

Como último ejemplo del descrédito en que se sumió Galicia, unos versos de las *Décimas* de Góngora:

*«Oh, montañas de Galicia,  
cuya, por decir verdad,  
espesura es suciedad,  
maleza es malicia,  
tal, que ninguno codicia  
besar estrellas pudiendo,  
antes os quedais haciendo  
desiguales horizontes;  
al fin, gallegos y montes,  
nadie dirá que os ofendo»*

El silencio de Galicia envalentonó a los castellanos, quienes pronto se jactaron de la incapacidad de Galicia para ejercitar la épica. Pero olvidaban que los poetas gallegos crearon una escuela lírica insuperable en tiempos de paz y que, cuando hacían la guerra, no necesitaban cantarla. Olvidaban el genio abrumador de los pasajes épicos de Camões, poeta de raigambre gallega. La épica castellana, ciertamente, medró al amparo de la Reconquista, a la que los gallegos se entregaron abnegadamente, sin que les fuera nada en ello. Y si el gallego se dejó absorber por la épica, no fue, precisamente, por la del romance castellano, sino por la de los ciclos carolingios, es decir, por la que nace de la leyenda, nunca de las gestas históricas.

En palabras del castellanista y poco amigo de Galicia —según palabras de Castelao— Menéndez Pidal, *«el empuje que Castilla supo dar a la Reconquista y a la literatura, propagó el dialecto castellano, antes insignificante, dilatándose por el Sur, de donde desalojó al empobrecido idioma de los mozárabes, rompiendo así el lazo que antes existía entre los dos extremos oriental y occidental»*. Castilla desdeñó la unidad hispana, interponiéndose de Norte a Sur entre la convergencia de los elementos extremos. En Galicia, la lengua y la literatura se formaron en la época prehistórica de los demás romances españoles y su apogeo precedió en trescientos años al Siglo de Oro castellano. Fue en el apogeo belicoso de Castilla, no en el cultural, cuando se condenó a Galicia al silencio. Y, por tanto, estamos obligados a hablar de un silencio impuesto por las armas y los decretos, nunca por asimilación de una cultura superior.

Victoriano García Martí —otro escritor poco gallego—, en su obra *Una punta de Europa*, adelantó que el silencio produjo un encogimiento de ánimo que se transparentaba en un dualismo muy relacionado, probablemente, con la oposición entre lírica y épica ya tratada. Un dualismo de tono: declamatorio el castellano, suave y sin énfasis el gallego. Pronto, tanto Castelao como García Martí, dieron buena cuenta, en alarde de determinismo social, de que tal enfrentamiento estigmatizaba étnica y culturalmente a gallegos y castellanos.

En este trecho histórico, para estupor de todos los gallegos, se produjo un movimiento verdaderamente llamativo: Castilla ofrecía obras inmortales sin merma de la lengua e ingenio portugueses. Sá de Miranda iniciaba el Renacimiento literario del siglo XVI en Portugal, al

tiempo que Antonio de Ferreira combatía la intromisión del castellano, y las inquietudes portuguesas redundaban y culminaban en Camões. De esta manera, se lesionaba la identidad de la Península. Galicia era condenada a la esclerotización cultural. Con admirable precisión expresó este agravio el Padre Sarmiento: «*Los gallegos, por deferencia a la lengua castellana, dominante, hacían o recibían los instrumentos públicos en vulgar castellano... No así los portugueses, pues como tenían monarca propio, introdujeron en las escrituras públicas y privadas aquel vulgar y primitivo, que era común a las dos clases de gallegos, lucenses y bracarenses, el cual, con el tiempo y con el ejercicio de escribirse, se hizo como dialecto distinto y es el que hoy llamamos portugués, si bien aún tiene tanta semejanza con el vulgar gallego que hoy se habla, que no todos los saben discernir*».

El período de postración y anquilosamiento parte del ideal demagógico de Castilla, en virtud del cual se sacrifican los hechos particulares en favor de una pretendida cultura más universal. Se excluyó al gallego de las escuelas, creando en la conciencia de nuestros hijos un complejo de inferioridad. El idioma del pueblo fue expulsado de las iglesias: los prelados evangelizaban en el idioma oficial impuesto por el centralismo. El gallego fue también excluído de los Tribunales de Justicia e, incluso, se castellanizaron las toponimias gallegas. Ciertamente que no hay registrada ninguna ordenanza real que pruebe las prohibiciones, pero el gallego fue progresivamente acorralado, minimizado. La costumbre del aislamiento se convirtió en ley, con una violencia casi irracional cuando el gallego renació literariamente.

Como se ha apuntado más arriba, la Iglesia fue un activo agente de desvanecimiento de la cultura gallega. El gallego quedó desligado de las prácticas religiosas, quizás por un solapado anhelo de corregir los particularismos del culto católico en Galicia. La reina Isabel ordenó en su testamento que los arzobispados, los obispados, las abadías, las dignidades, los priorazgos, recayeran en los naturales de cada reino. Sin embargo, en Galicia no se cumplió su voluntad final. En 1599, de la Xunta do Reino de Galiza partió esta súplica: «*Item, por quanto por la mayor parte los prelados del Reino, cuales el Arzobispo de Santiago y los Obispos de Lugo, Mondoñedo, Orense y Tuy, no son naturales del Reino, y los naturales, habiendo descendido de los que dotaron y edificaron la mayor parte de las dichas iglesias, se quedan sin premio y por esto no se dan a las letras; que se suplique a Su Santidad mande se provean los dichos beneficios, prebendas y dignidades a los naturales del Reino, que con esto se aplicarán a las letras y a los estudios, para lo que escribe el Reino a Su Santidad y al Señor Conde de Lemos*». En 1597, en un escrito del Cabildo Catedral de Santiago se denunciaba que «*así en este Arzobispado como en el Obispado de Orense... se dieron los mejores beneficios de ellos no sólo a los de Reinos extraños, pero a los que penetibus ignoraban la lengua gallega*». Así se castellanizó Galicia.

Castelao, conocedor, probablemente, de las actas de una conferencia internacional sobre bilingüismo (Luxemburgo, 1928), era consciente de la fatalidad que el fenómeno de asimilación reportaba a un pueblo violentado: inhibición e impotencia, desfallecimiento del idioma nativo. En este sentido consideró oportuno aclarar que la perturbación bilingüista alcanzó en menor medida al verdadero pueblo de Galicia, al que vivía de la tierra, que a las camadas de intelectuales y señoritos que pensaban que hablar gallego era hablar mal y hablar castellano era hablar bien.

## EL REXURDIMENTO Y LA LENGUA

El problema se agravó en el siglo XIX debido al incremento burocrático del centralismo castellano. El idioma oficial de la iglesia, de la administración, de la enseñanza, del ejército, se introdujo en la burguesía de las ciudades provincianas, aunque no llegó a traspasar las lindes urbanas, ni caló entre los tenderos, artesanos, marineros, labradores, etc. Esta impermeabilidad fue la que permitió el resurgir de las letras gallegas.

Ya en el siglo XVIII el padre Feijóo emprendió el camino del galleguismo, reparando en las posibilidades culturales del mundo labriego. El padre Sarmiento, discípulo y amigo del ovetense, de cuna noble y habla castellana, reivindicó la dignidad del gallego y se comprometió a traducir a dicho idioma todo cuanto estuviese escrito en griego, latín y castellano. En el siglo de las luces, las fuerzas del Romanticismo descubrieron la hermosura lírica del gallego: Concepción Arenal, Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Alfredo Brañas, Eduardo Pondal, Añón, etc..... En la egregia nómina ocupa el primer lugar Nicomedes Pastor Díaz, cuyas composiciones poéticas en gallego son las primeras manifestaciones notablemente artísticas del XIX. Es cierto, insinuaba Castela, que las obras en prosa fueron escasísimas, y que los tratados de divulgación, los artículos y los ensayos fueron siempre escritos en castellano. Pero es indudable que, a finales del XIX, las letras gallegas contaban con obras de verdadero mérito e, incluso, fueron bien consideradas por escritores gallegos de habla castellana: Emilia Pardo-Bazán, Wenceslao Fernández Flórez, Valle-Inclán.

El rexurdimento tiene fechas muy concretas. A partir del año 1855 nacieron en La Coruña varias revistas de no poca importancia: *El Clamor de Galicia*, dirigido por Benito Vicetto, *O Vello do Pico Sagro*, *A Fuliada*, etcétera. En 1856, en el banquete de Conxo, se consumó la confraternización entre estudiantes y obreros compostelanos. El acto dio nuevos bríos al galleguismo, enardecido por los brindis de los poetas Aurelio Aguirre y Eduardo Pondal, paradójicamente, en verso castellano. El hecho nacionalista en Galicia se vio determinadamente favorecido por el florecimiento de las letras y el pensamiento gallegos. En 1861, bajo el auspicio de López Cortón, se celebraron los primeros Xogos Froaes de Galiza. La publicación en 1863 de *Cantares Galegos* fue saludada desde Cataluña como un grito de guerra contra Castilla.

Un extraordinario escritor y patriota, Alfredo Brañas, brindó un nuevo impulso a la cuestión gallega con su obra «*El Regionalismo*» (1889), donde delimita acertadamente los conceptos de *región* y *nación*, estrechamente relacionado el segundo con el de *estado*. El propio Brañas con sus conferencias públicas fue, según confesión de muchos catalanistas, verdadero instigador de la cuestión catalana.

En 1905 tuvo lugar la fundación de la Real Academia Galega, que aún hoy perdura. En 1916, gracias a Antón Vilar Ponte, surgen las Irmandades da Fala, integradas por intelectuales, funcionarios, comerciantes, etc. En su primera asamblea, en Lugo, 1918, aprobaron un manifiesto en el que se pedía, entre otras cosas, la cooficialidad lingüística y la galleguización cultural, educativa, judicial y administrativa. En los años siguientes los galleguistas salieron de la ciudad para hablar a los aldeanos en su idioma. Se publicó la revista *Nós* por primera vez en 1920, bajo la dirección de Vicente Risco, y en la que el propio Castela figuró como director artístico. Esta revista, orientada hacia la literatura y la etnografía, dio nombre a la generación más relumbrante de intelectuales de la Galicia contemporánea. Nació también el boletín *A Nosa Terra* en el que colaboró Pondal. Se fundó la editorial *Céltiga* en El Ferrol

(1921), dirigida por Xaime Quintanilla, y *Lar* en La Coruña (1924). Para centralizar los trabajos de investigación y suplir las deficiencias de la Universidad se creó, en 1923, el Seminario de Estudios Galegos, en donde Castelao dirigiría la sección de Arte y Letras. En esta efervescencia cultural las conferencias, los discursos, los folletos, las emisiones radiofónicas, los foros, produjeron una trepidante ebullición de la cultura gallega.

Desgraciadamente, la burocracia y las disposiciones gubernamentales no supieron acompañar al pueblo gallego en su afán renovador y progresista. Y es por esto que Castelao se mostraba estupefacto. Razones tenía. Se le había concedido a Cataluña la cooficialidad y el bilingüismo escolar, antes de la promulgación del Estatuto. El propio Castelao, en propuestas menos ambiciosas que las catalanas, defendió el bilingüismo para Galicia en 1931 y 1936. En las dos ocasiones distrajeron a los diputados gallegos con promesas que nunca se cumplieron. La indolencia del gobierno central hizo que Castelao pensara que Cataluña había sido favorecida con un privilegio político, que no se habían atendido los derechos de pueblo diferenciado de Galicia. La solución al problema pedagógico suscitado por el bilingüismo era tan urgente en Galicia como en Cataluña. Y, sin embargo, seguían llegando a Galicia profesores que no entendían a los alumnos. La República, torpe, retardaba cuanto podía la discusión sobre política lingüística, dando la espalda a los más destacados educadores de Europa, que defendían la enseñanza de la lengua materna para el completo desarrollo de la personalidad de los escolares. Castelao estimaba que un gallego hablaría correctamente el idioma del estado cuando éste se le pueda enseñar valiéndose de su idioma materno. Seguramente, lo que más le molestaba era la inopia de los gobernantes, que no seguían el modelo europeo de enseñanza, aunque la idoneidad de hablar la lengua materna no era precisamente una conveniencia moderna; ya había sido planteada, por ejemplo, por el príncipe de las letras castellanas, Cervantes. En el capítulo XVI de la segunda parte del *Quijote* podemos leer: «*En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se estendiese esta costumbre por todas las naciones...*». Una vez admitida la lengua materna, se podía y se debía aspirar a la existencia una lengua internacional, con la que se pudiera andar por todo el mundo. Se trataría de una segunda lengua aprendida obligatoriamente en las escuelas.

Pero la realidad vestía otras sedas no tan transparentes como la *koiné* universal pretendida por Castelao. Y es que, en creciente cinismo político, se creó en Madrid una Cátedra de Língua e Literatura galaico-portuguesa, mientras que a Galicia le era denegado tal instrumento educativo. Tres veces se le prometió al propio Castelao la creación de dicha Cátedra, otorgándole incluso el poder de divulgar en prensa la concesión. Tres veces fue engañado. De este modo, seguía siendo posible licenciarse en la Universidad sin que nadie hablara de Rosalía de Castro. Los visitantes universitarios procedentes de Portugal se esforzaban por hablar un castellano irrisorio, considerando natural que los gallegos sólo pudieran leer las obras portuguesas traducidas al castellano. Sin embargo, se asombraban de oírle hablar en gallego cuando viajaba a Coimbra. Por su parte, los estudiantes gallegos —señoritos de buena cuna— se burlaban de la meliflua cortesía de los portugueses, ninguno era capaz de asomarse a las librerías, de reconocer el nombre de algún escritor, de adentrarse en las cátedras del aprendizaje. Bastábales con conocer la *Casa da Troya*.

Ante este escenario, los intelectuales castellanos esgrimían con soberbia que nunca se había prohibido el empleo de las diferentes lenguas españolas, que la imposición del castellano sólo

fue posible por la degeneración de los demás romances. Decían que el gallego era sólo una lengua rústica, pero no hay duda de que los gallegos, a pesar de cuatro siglos de imperialismo centralista, preferían su lengua rústica a la que les querían imponer los castellanos. El hecho de que hubiera mucha gente que sostenía que el gallego era un dialecto sólo probaba la vanidad de los castellanos. Y para Castelao sólo probaba que era una cuestión de rango. El gallego es hijo del latín, y no puede ser considerado como dialecto, a no ser que juzguemos como tal al francés, castellano, italiano, rumano, etcétera. Filológicamente, ningún romance pudo provenir de otro: antes bien, todos los romances peninsulares nacieron del *sermo vulgaris*. El pueblo gallego tiene un idioma propio, hijo del latín, hermano del castellano, del vasco y del catalán. Un idioma, en fin, apto para la modernidad, con el que pueden comunicarse más de sesenta millones de personas. Y el padre Feijóo ya había puesto el dedo en la llaga: «*Que a língoa lusitana ou galega debe considerarse dialecto separado da latina, e non subdialecto ou corrupción do castelán, próbase coa evidencia do maor parentesco que ten aquela que ésta coa latina*». Se puede afirmar, tras lo anterior, que el gallego es más puro que el castellano: es la forma más antigua de lenguas neolatinas de España y la primera que alcanzó su pleno desarrollo literario.

Ante estas críticas centralistas, hay un hecho importantísimo: Castelao era consciente de la tarea que los gallegos cultos debían soportar. Ningún intelectual de Galicia debía, por apocado, olvidar el deber contraído con su tierra. El pueblo gallego ya demostró de sobra la firmeza de su carácter, conservando su habla en condiciones muy desfavorables. Pero, de nada serviría el sacrificio si los hombres preclaros no la dignificaban. El cultivo y dignificación de la lengua es síntoma de un grado superior de conciencia política y social.

## CONCIENCIA DE LA ÉPOCA

Castelao fue un personaje íntegro y de juicioso conocimiento. La exposición de sus ideas es equilibrada, lejana a la palabrería intencionada. En vida sondeó y pulsó todas las emociones: la del europeo, la del americano, la del estudiante, la del comerciante..... la del pueblo. Conoció y departió con los personajes más relevantes de la escena política y literaria de su momento. Esta conciencia de época, añadida a su dominio sobre el hecho histórico, dan perspectiva y rectitud a su obra. Las filiaciones y herencias, la afinidad, en definitiva, no menoscaban las ideas, cuando se tienen.

En uno de sus capítulos del Libro Tercero de *Sempre en Galiza* transcribió nuestro autor las siguientes palabras del malogrado Ángel Ganivet: «*Hemos tenido, después de períodos sin unidad de carácter, un período hispano-romano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe; el que les sigue será un período hispano-europeo e hispano-colonial, los primeros de constitución y el último de expansión. Pero no hemos tenido un período español puro, en el cual nuestro espíritu constituido ya diese sus frutos en su propio territorio; y por no haberlo tenido, la lógica de la historia exige que lo tengamos*». Estas frases pertenecen a la obra más conseguida del escritor y diplomático andaluz, *Idearium español*, y fueron motivo de encuentro entre los dos personajes. Con más arbitrio, Castelao siguió glosando la obra de Ganivet en el mismo capítulo. La entelequia sostenida por el granadino —un *período español puro*— era realizable, sólo después de consagrar políticamente la variedad, garantizando el libre desarrollo de las distintas lenguas y culturas peninsulares. Esto únicamente podría llevarse a cabo enderezando los resentimientos que Castilla creó en Portugal, Galicia, Euscadi y Cata-

luña. Y en esta coyuntura Galicia desempeñaría el papel principal de la unidad hispana, pues su carácter ancestral le otorgaba poderes de anfitrión y cuna de la hispanidad. Llegaba la hora de que Castilla dejara de ser unos versos de Machado:

*«Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora»*

Obligatoria resultaba la presencia de Vicente Martínez Risco en *Sempre en Galiza*. Este licenciado en Derecho, Catedrático de Historia en la Escuela Normal de Ourense no fue solamente un mero contemporáneo de nuestro Castelao. Su decidido ingreso en las Irmandades da Fala, su adscripción, como uno de los miembros más sobresalientes, junto al propio Castelao, a la generación *Nós* —acuñación tomada de una revista fundada por ambos—, el liderazgo, durante muchos años, del nacionalismo gallego: todos fueron méritos suficientes como para que, en los años veinte, Risco fuera mentor principal del nacionalista Castelao. Sin embargo, el pronunciamiento y el triunfo del franquismo hicieron que Risco renegara de sus ideales reaccionarios y nacionalistas, por miedo a represalias. Risco y Castelao alejaron sus posturas.

Recién vestidas las ropas nacionalistas, Risco ofreció al galleguismo un valioso monumento: su artículo *Teoría do Nacionalismo Galego* publicado en *A nosa Terra*. Gracias a su existencia, sabemos que el estado español, herencia del Antiguo Régimen, fue una creación de las doctrinas del Derecho Romano, refundido por los juristas de Bolonia, en una aplicación que no resolvía los accidentes de la realidad española. Risco y su artículo fueron los responsables de que el galleguismo diera un salto cualitativo, pasando del regionalismo al nacionalismo.

En las Cortes Constituyentes de 1931, que tantos quebraderos de cabeza le reportaron, Castelao tuvo el placer de charlar en los pasillos con don Miguel de Unamuno. En una sesión en la que defendió la cooficialidad de los idiomas españoles, Castelao encontró la oposición del diputado bilbaíno: «...el castellano es una lengua hecha, y el español es una lengua que estamos haciendo». Con menos ambigüedad, Unamuno recordó el deber y el derecho de hablar castellano, recalcando que a nadie se le podía exigir el uso de ninguna lengua regional. Confundido, el literato había tomado el mango por la sartén —anacoluto ilustrativo. La postura defendida por los nacionalistas era, más bien, la contraria: a ningún vasco, catalán o gallego podía exigírsele el uso del castellano. Así las cosas, Unamuno, que no olvidemos era vasco, decidió templar los ánimos proclamando que «toda persecución a una lengua es un acto impío e impatriota». No obstante, su postura quedaba, finalmente, en la fluctuación, pues aquel Unamuno no debía ser el que exaltaba la dulzura femenina y turgente del paisaje gallego, ni siquiera el que, en las mismas Constituyentes, había pedido a Castelao que trasladara la verdadera voz del pueblo desde su escaño.

En opinión de Castelao, Ortega y Gasset, republicano convencido, diputado por León durante la primera legislatura, había formulado el punto de inflexión en la madeja nacionalista: «¿Quién, hablando en serio y rigurosamente, cree saber lo que es una nación?». La respuesta no era fácil, pero sí había una cosa clara: España no era una nación. En cualquier caso, las posiciones de centralistas y nacionalistas siempre se encontraban al afrontar el problema del idioma. A este respecto, Azorín señaló que «en un Estado en que coexisten varias naciones ¿cómo podremos hablar de un idioma nacional? Si cada una de estas naciones tiene su lengua, todas serán igualmente nacionales. Otra cosa será el idioma del Estado, el idioma

*que sirva para la buena y fácil marcha de la vida política y administrativa del conjunto. No atino a ver relación ninguna entre el patriotismo y la libre, libérrima, vida de los idiomas nacionales dentro del mismo Estado».* Castelao no disimuló en ***Sempre en Galiza*** su simpatía por el alicantino, quien, junto a Menéndez y Pelayo, era uno de los pocos escritores que supieron estimar la variedad española.